

déjà vu.

J. Donadín Álvarez

Capítulo 1

Para la mente fantasiosa es un atentado contra la costumbre que el protagonista de una historia tenga un final trágico. Sin embargo, yo anticipo que moriré irremediabilmente. Es más, en el preciso momento en que redacto este escrito mis manos desfallecen y ya no quieren esforzarse para continuar escribiendo.

Mi nombre es Rodrigo Contreras. Hace tres días cumplí los cincuenta y siete años. Como regalo de cumpleaños la vida se propuso darme una extraña sensación que en breve describiré y que ha sido la causa indirecta de una agonía prolongada. Confieso que hace diez años tuve una experiencia similar con consecuencias desagradables en gran manera. Por tal razón, esta vez tampoco puedo esperar nada bueno.

Estoy solo. Una cama, un ventilador, mi librero y mi escritorio es todo lo que me rodea. No tengo familia. La tuve, pero desapareció.

Me siento desequilibrado mentalmente. En un intento por auxiliar mi conciencia que se ahoga en la laguna de mis incertidumbres he resuelto escribir mis últimas palabras en este cuaderno. Quizá el desahogo a través de las letras sirva como un antídoto para mi abatimiento previo a la muerte.

★★★★★★★★★★

Hay asuntos extraños que es mejor no compartirlos ya que es casi seguro que al hacerlo aparecería una etiqueta de loco, antisocial, charlatán o mentiroso sobre la cabeza de quien lo haga. Y más aún, cuando las personas que rodean al relator creen tener la razón eterna y se enorgullecen en izar las velas hacia los mares de su propia ignorancia, desmitificar tabúes se convierte en un acto de severa temeridad. Es comprensible, pues, la timidez de algunos individuos sumamente cautos al referirse a ciertas cuestiones que no participan del sentido común de la humanidad.

Sin embargo, por muy apocado que sea el espíritu de un hombre intrigado, siempre llega ese momento en el que la combustión de sus miedos evapora el señalamiento colectivo y sus temores, por tanto tiempo ocultos, emergen en aras de lograr la conciliación entre lo que la persona verdaderamente es y la manera en que actúa en el teatro de la vida. Me viene a la mente el caso de los homosexuales y los ateos, principalmente.

Yo también, forzado por la incompreensión de los demás, he conservado un piadoso silencio sobre algunos asuntos. Si no hubiera callado, mi suicidio social ya estaría consumado. Es cierto que la famosa “libertad de expresión” me ha permitido opinar, pero sin la libertad plena. Se puede decir que he sido libre hasta donde la cadena de las sospechas sociales me ha permitido avanzar. Por supuesto, no soy el único que, limitado por los prejuicios y la subsecuente condena, anhelo expresar libremente mis apreciaciones sobre la política, la economía, la religión, la filosofía, el sexo, el aborto, las

drogas, el fútbol...

Hoy he resuelto, a pesar de todo, escribir acerca de algunos acontecimientos infrecuentes que se han suscitado a mi alrededor. Anticipo mis disculpas para quien me quiera rotular como inmoral, irreligioso, o simplemente loco. Únicamente intento reflexionar y comentar la ansiedad que producen ciertas situaciones de la vida que parecen tan sencillas pero que a la vez se muestran tan misteriosas y complejas. Mi persistente interés por redactar esta historia se une, asimismo, al deseo de interpretar la confusión laberíntica que me hace ya dudar incluso de mi propia cordura. Estimo, asimismo, que la miríada de emociones perturbadoras a la que he sido sometido tras las diferentes eventualidades me ha colocado en las fronteras del desvarío y, por tal motivo, intentaré narrar lo ocurrido con una precisión idiomática que no entorpezca mi discernimiento ya impreciso. Certifico, por otra parte, que a pesar de mis confusiones justificables intentaré honrar mi compromiso con la fidelidad de los acontecimientos.

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

Entre nosotros los mortales existe una sensación extraña llamada *déjà vu*. Quien la experimenta tiene la impresión extraña de haber vivido una misma situación con anterioridad, incluso cuando tenga la certeza de que ello es imposible. La persona aparentemente reconoce los segundos presentes como ya vividos, pero luego ese “recuerdo” –naturalmente ficticio– es suprimido. Durante el lapsus la memoria de la persona que lo está experimentando divaga entre “recuerdos” muy lúcidos que, sin embargo, no son recuerdos sino meras proyecciones.

Hace veinte años yo experimenté el *déjà vu* con una malignidad inusual. Cabe señalar que esa no fue la primera vez que me ocurrió ni tampoco que dejé de experimentarlo después pero debido a su desarrollo prolongado y a la consecuencia funesta que se derivó de dicha situación, opté por desarrollar una investigación bibliográfica esmerada que me brindara explicaciones serias sobre el suceso extraño. Temía las posibles implicaciones en mi composición biológica o en mi paz existencial.

Por desgracia no encontré muchos estudios formales al respecto. Consulté distintos sitios en internet, leí algunos artículos de “expertos”, examiné la enciclopedia digital de mi ordenador, exploré algunas bibliotecas de la ciudad, entre otras búsquedas. Sin embargo, las reflexiones de los biólogos, psiquiatras, neurólogos y físicos me resultaron más especulaciones fantásticas que conclusiones serias. Como ninguna de ellas satisfizo mi curiosidad me propuse elaborar mi propia explicación considerando mi experiencia singular.

He aquí los hechos. Después de luchar durante muchos años contra un cáncer cervical mi esposa, a la que tanto amé, falleció. En su funeral, recibí la visita de familiares, amigos, compañeros de trabajo y desconocidos quienes dijeron sentirse muy afectados tras la ausencia corporal de mi compañera de hogar. En efecto, parecían compungidos. Todos ellos me hablaron maravillas de quien había sido una profesora, una compañera de labores, una mujer ejemplar... Yo traté, claro está, de agradecer los perfumados comentarios no sin cierta dificultad para lograr una cortesía que discrepara con mi carácter parco. “No hay mejor persona que la que ha muerto” decía mi abuela. Y yo había

retenido su sentencia y su lúcida explicación. “Cuando alguien muere sobran los halagos, todos desean imitar su ejemplo y se lamentan por la pérdida física, pero en vida rara vez se le trata con todos los honores que merece”. Con la muerte de mi bella flor me di cuenta de la gran verdad que encerraba la frase de mi ya también difunta abuela.

Durante el funeral me consagré a conversar someramente con algunas de las no pocas personas que llegaron. Sinceramente no tenía demasiado interés en dedicarme a eso, pero la urbanidad me lo exigía. Después de algunas horas estaba mareado con tanto halago a mi cónyuge. Por si fuera poco, mi frialdad religiosa se encontraba incómoda en medio de un océano de adictos a la fe en el más allá, pues no cesaban de elevar plegarias por mi dama ya exánime. Como no quería ser parte de ningún enredo teológico con ellos, especialmente con el padre Pedro Durán a quien divisé a poca distancia y con el cual nunca quise fraternizar, intenté escabullirme entre la concurrencia, a las dos de la madrugada. No concreté mi plan pues el mencionado sacerdote supo atajarme por otra puerta del salón fúnebre.

—Hijo mío —me recibió entre sus brazos sin que yo se lo pidiera—: sé muy bien el dolor que atraviesas pero debes tener fe que tu amada esposa ya está con Él, en el cielo.

—Gracias padre —respondí e intenté zafarme de sus plegados brazos.

—Oh, no. No puedo permitir que te vayas desconsolado. Sé que tu fe es poca pero en este libro encontrarás la manera cómo cultivarla.

Sacó de un zurrón algo que captó mi curiosidad y momentáneamente me hizo decrecer en mi antipatía hacia el sacerdote. Me obsequió una caja extrañamente decorada con un chongo negro y en cuyo fondo se encontraba un libro medianamente grueso. “¡Vaya, qué regalo!” me dije, “ya sé a qué está jugando este curita”.

Nunca me he caracterizado por ser un lector de obras religiosas. Leo poco o nada este tipo de libros porque el buen gusto me invita a evitar las toneladas de especulaciones que gente sin pudor intelectual se atreve a declarar y consagrar como verdaderas dejando de lado los avances de nuestra ciencia moderna. Me resulta muy difícil aceptar cómo los escritos a vuela pluma de ciertos religiosos son transformados en supuestas obras célebres.

Es increíble que, basándose en un sólo libro escrito en la tradición campesina de la Antigüedad, los “intelectuales” religiosos con sobrada arrogancia se sientan facultados para explicar los misterios del Cosmos mientras los más destacados científicos tras largas horas de lecturas diversas y experimentos asombrosos admiten su pequeñez para descifrar los enigmas del universo. Es decir, los teólogos y los filósofos de la fe pecan de muy adiestrados en la interpretación cósmica y a pesar de que se precian de muy expertos en teorías de dudosa comprobación su trabajo es realizado con un aspaviento convencional, sin ninguna pizca de originalidad. La mayoría de ellos, notoriamente entusiasta pero poco creativa, casi siempre se ve obligada a aderezar sus relatos con detalles fantásticos para darle un poco de vistosidad a lo que cuenta o escribe. De ahí que su recurrencia al engolamiento acabe retratándolos como orates de poca confianza y que para el lector laico cederles el uso de la palabra o darle crédito a su pluma sea un asunto de no poca preocupación. Me parece, pues, un error corpulento considerar una genialidad las ocurrencias de estos devotos a la superstición cuando sus limitaciones intelectuales son tan evidentes. Por otra parte, el vulgo de tendencia mística, a quien normalmente van dirigidas sus fruslerías no es nada exigente con lo que consume y parece divertirse mucho

con tales bagatelas que sin mayor esmero le orgasman el oído y le inflaman las aspiraciones de una vida eterna, incluso sabiendo de la poca autenticidad que ellas conllevan.

Como puede deducirse, soy un poco intransigente con el fárrago de teorías huecas pero aquella noche del velatorio me sentía bastante tolerante hasta con los religiosos y decidí tomar el regalo del padre Durán. Había soportado ya los abrazos, los besos ensalivados de familiares y amigos, las palabras cursis y los halagos a mi amada. Así que, aceptar un libro no podría parecerme más incómodo que todo lo anterior.

Soy sincero; nunca leí el ejemplar que me obsequió el religioso. Sabía que esa obra literaria irrespetaba mis fundamentos racionales. Además, en mi infancia me habían obligado a leerlo, en mi adolescencia lo interpreté correctamente y ya adulto encontré la clave para dejar de creerlo.

En su lugar, leí uno de los libros que había comprado en una feria literaria. Un día después del sepelio de mi esposa, me acomodé en mi sillón de terciopelo y hojeé parsimoniosamente el libro *De regreso a casa*, escrito por un tal Jodnandi Veláraz. Una vez que caté el prólogo, disfrutar el resto fue una decisión automática. Se trataba de una novela con aroma a fatalismo existencial. Algo que encajaba con mi estado anímico tras la pérdida de mi esposa Aminta Villeda.

Había algo en el personaje principal de la obra con lo que yo me sentía identificado. El protagonista era un joven con una capacidad mental extraordinaria pero que con frecuencia experimentaba el *déjà vu*. Desde pequeño había dado muestras de ser un genio en el sentido más desarrollado y más ilustre de la palabra. Continuamente era admirado por quienes lo rodeaban. Sus padres, que no tenían nada de trascendentales, se sentían orgullosos del ser que habían engendrado un memorable catorce de febrero y jamás cesaban de presumir que de ellos había heredado la genialidad. Tal afirmación se prestaba para un análisis más formal pero era irrefutable que el individuo poseía ciertas facultades sorprendentes.

El muchacho, a pesar de su brillantez, se mostraba sereno. Nunca se refería a su superioridad mental pues era consciente que hacerlo socavaría sus principios tan bien comprometidos con la humildad. Regularmente expresaba estar respaldado por un minúsculo fragmento de la sabiduría universal, “algo nada extraordinario” decía. Además, parecía no sentirse a gusto siendo el centro de atención en todo momento ya que su privacidad habíase deshecho ante la luz de la adulación.

Su condición de ilustrado, no obstante, le resultaba un tanto temeraria. Y es que no estaba seguro si albergaba una inteligencia poderosa o, en contraste, una demencia disfrazada con conocimientos. Lógicamente, su temor no estaba infundado. En numerosas ocasiones era víctima de esa sensación del *déjà vu* y percibía escenas que supuestamente ya había vivido con anterioridad. Además, mientras dormía la acción conjunta del sueño y la memoria originaban en su mente ciertos escenarios de índole simbólica pero que en su cuerpo se convertían en una realidad vívida. El sueño y el *déjà vu* desplegabanle un odio intenso, quizá por tanta lucidez desplegada durante el día, y lo

sometían a las más horribles pesadillas que rebasaban el rango de lo natural. Poseía, sin embargo, cierta ventaja sobre su onirismo perturbador: era capaz de despertar de sus maléficos sueños cuando sospechaba que estaba soñando y que algo trágico podría acontecerle. Su desventaja, en cambio, consistía en que cuando se dormía nuevamente la trama del sueño suspendido continuaba, aunque así no lo quisiera él. Y para complicar su situación, al despertar era subsumido en algún *déjà vu*. De ahí que dormir no estuviera dentro de sus actividades preferidas.

Una noche de octubre, ya *de regreso a casa*, él pudo amistar con sus sueños y sus *déjà vu*; es decir, murió. Regresó al sitio de donde provino. Sin dolores ni despedidas sombrías, cual víctima de su propio genio o de las anomalías de su cerebro, sucumbió ante la muerte. Fue algo sencillo y grato. Si bien, abandonó la existencia consciente logró dormir plácidamente y sus otrora pesadillas se limitaron al recuerdo de que en algún momento existió entre los mortales.

La historia escrita por Jodnandi Velázquez me había parecido familiar, especialmente en cuanto a los trastornos del sueño y los *déjà vu* de su personaje principal. Al igual que el protagonista, me he sentido asediado por sueños no muy comunes y he experimentado como si hubiese en mí ciertas capacidades psíquicas. Al despertar el *déjà vu* también ha jugado con mi sosiego. En numerosas ocasiones he vivido experiencias extra corporales, desplazándome a lugares desconocidos y que después, en estado consciente, he logrado reconocer. Es una especie de clarividencia viajera, como un don de ubicuidad.

Es oportuno mencionar que terminé de leer el libro el mismo día en que lo inicié. Pero al cerrar la última página comencé a sentirme diferente. Sin duda, era eso: estaba experimentando un *déjà vu*. En mi lapsus “recordé” que ya había leído esa obra literaria, es más, que ya había vivido cada una de las aventuras que ahí se describía. Me pareció que yo era el personaje, incluso que yo era el autor del libro. Me resultó todavía más extraño el tiempo que permaneció en mí esta sensación; no duró pocos segundos como solía suceder sino que me secuestró durante más de una hora.

Después de que el *déjà vu* hubo terminado, el reloj desgranó tres horas y media para que mi mente recobrara la normalidad, sin embargo, aún no lograba entender aquello. Por simplicidad, es de suponerse que luego de esta conmoción inverosímil yo no podía sentirme dueño de buen seso. “La muerte de mi amada me está afectando psicológicamente”, me dije, como para tranquilizar mi sistema nervioso. En mi cabeza se había alojado un sinfín de cavilaciones. Me pregunté, por ejemplo, si quizá yo no era más que un muerto viviente, o si el *déjà vu* era la proyección de un fragmento de algo que fuimos antes de ser lo que actualmente somos. Cuestioné el hecho de morir y no poder recordar esto que ahora llamamos *vida*.

Quise invocar al espíritu de mi esposa para conversar con él sobre este asunto pero ya estaba grandecito para crearme esas triquiñuelas. Reflexioné que si en la nueva fase que nos facilita la muerte la remembranza de nuestro estado anterior pudiera ser posible, indiscutiblemente el *déjà vu* sería una sensación que sólo podrían experimentarla los muertos. Pero, a diferencia de mi esposa, yo estaba vivo –o al menos eso creía–. ¿Cómo interpretarlo si lo experimentaba ahora mientras vivía la existencia consciente? ¿Será que

creyendo estar vivo ya estaba muerto, pero como la aniquilación física de este mi cuerpo aún no se había concretado podía recordar discretamente lo que ya fui antes de ser lo que ahora soy?

Evidentemente, el suceso ocurrido ese día me privó de la naturalidad que me había caracterizado y me obligó a remodelar la percepción fanfarrona que había sostenido sobre mi inteligencia pródiga durante tantos años. Al presente, parezco menos cuerdo para muchas personas y más reflexivo para unas pocas. Además, he aprendido que dudar sobre la existencia misma es una garantía de que efectivamente existimos. ¡Ah, la existencia!...

Cuentan mis amigos que me encontraron delirando el día que se gestó en mí el proceso de metamorfosis que ya he relatado. Ciertamente, no supe cuándo habían llegado. Sí recuerdo claramente que al verme rodeado de tantas personas con rostros trágicos les pregunté con cierta contrariedad cuál era el motivo de su visita.

—¿Qué está pasando aquí? —les pregunté totalmente desconcertado.

—¿Acaso no te has dado cuenta? Venimos al funeral de tu esposa —dijo mi amigo Reinaldo.

“¡Vaya, estos sí que están muy locos!”, pensé. Mi amada Aminta había muerto dos días antes, ayer la habíamos enterrado y ahora estos trastocados me decían que venían a su funeral.

—En serio, ¿qué broma es esta? —les pregunté—. Saben que estoy de luto y no tengo interés en ningún juego.

—Rodrigo, no hay duda que estás mal. Deberías dormir un rato.

—Claro que me pone mal la broma que me están haciendo.

—Hijo mío Dios te de consuelo, aquí te traigo este libro para que aumentes tu fe —agregó el padre Durán.

—Toma —dijo Marcos mi sobrino, rematando mi ya casi locura—, este es el libro que compraste en la feria literaria. Lo olvidaste en mi apartamento. *¡De regreso a casa!* Es un título interesante.

—¿Alguien puede explicarme lo que ocurre? —pregunté con cierta violencia en la voz.

¿Puede ser entendida mi perturbación? Yo me sentía un demente. No lograba entender lo que estaba ocurriendo. De súbito me di cuenta que nada parecido había ocurrido antes: ningún velorio, ni nada de lecturas de libros extraños. Simplemente estaba saliendo de un *déjà vu*.